

Carmen Vascones

Perseguir

“No lo sabía. Con la pluma en la mano
se lanzaba en un paracaídas
mental hacia las hojas blancas y vacías.”
Alejandra Pizarnik

En el eco de mis muertes/ aún hay miedo.
/¿Sabes tú del miedo?/Sé del miedo cuando digo mi nombre.
/Es el miedo, / el miedo con sombrero negro
/escondiendo ratas en mi sangre, /o el miedo con labios muertos
/bebiendo mis deseos. /Sí. En el eco de mis muertes
/aún hay miedo.
Alejandra Pizarnik

El puñal no sube al cielo a perseguir a nadie”

Juan Montalvo

La Pizarnik harta de nada, rompe la rayuela de Cortázar. La maga se esfuma en charcos de insomnio. La memoria vacía sin caja, sin yo. Remordido el miedo cuelga dentro de una de Ella.

Camina sobre la soledad de los muertos.

No hay quién diga de ese momento.

No me conmueve el temblor ni la piel erizada.

La realidad parece un estado de sitio. Sitiada estoy en esta pesadilla que sostiene mi cuerpo. Destripo al ideal. La cara del tirano sale. El muro de salvación huele a sangre coagulada.

La vida duele ¿cómo? Qué importa cuando estamos sin opción. Solo una salida nos atasca.

Alejandra me llamo, ajusto la dosis, me atraso, me abandono. Me encuentro descaradamente viva. Torpe existencia en la confabulación del vacío. El desencuentro con el tiempo tiembla. La llegada más de una vez. Un beso preciso, entretanto la historia de una estrella muerte entre la maleza me atosiga.

(Tu mirada un orificio sin fusil)

En el escafandro, “su yo fugitivo”. Sin reemplazo la nada insustituible. Aprietas la raíz de la angustia en la cola de caballo de la infancia que hacía tu madre. Una, dos, tres hasta cuatro vueltas el elástico ahorcando el moño perfecto. Migraña toda esa templadera sin un pelo suelto.

Cabeza rapada deja la enfermedad del nazi. Actúa como campo de concentración en la célula expansiva- Angustarse no sirve de nada. Es la nada royendo con sus dientes misiles, con sus gases, con trajes de rayas irradiándote.

El doctor de la guerra con su dosis letal y bisturí precisa la zona a extirpar.

Y no puede hacer saque al cuerpo.

Ale jugaba a destornillar la cabeza, al tronco lo ensamblaba, a las extremidades las saboreaba como patas de mosca en el terrón de azúcar, su mano una con el cigarrillo, la pastilla, el vaso lleno con variantes.

Abordar y bordar la angustia. Abortarse uno. Punzar la cueva del refugio y vaciar la soledad del vacío sin reposo. Raspar la duda en tu propio cuerpo insomne. Despiertas de la anestesia. Sientes tal polea dentro de tu pecho.

La otra mano firma, despanzurra forma, letra- el lápiz termina como artista muerto en escena. Con la acuarela es otra cosa. Al pincel o al dedo lo remoja le da fugas de colores, después traza con tiza pastel o carboncillo al fantasma con sus tentáculos.

“Me siento como un bicho de laboratorio. Como si estarían probando los efectos que produce el vacío, la nada.” Paredes y pisadas cada vez más estrechas. Corta distancia el grito dopado. Incapaz de actuar la huella dactilar en el sombreado se pega en mirada huérfana de la mujer ahogando en la almohada al disfraz de su rostro. Se rompe el forro. Plumas salpican toda la habitación.

Sopor. Soporífera. Soportarte hasta algún día rapar la maleza del vacío como un hachazo a la desnudez. El agua escribe la sensación al tocarla. Ella juega con gotitas de burbujas en su seno con la raya rojiza. Remordida la soledad acompaña a deshacerla en el vaho del espejo.

La mancha empieza aminorar. Entreviendo fuera de uno el alambre. Mi palabra emigra al nido impreciso. Un quejido el ser acaso. Fugacidad confundida con el amor incontable. El límite y el abismo no se diferencian dentro de mí. Secuencia rota la memoria. El sentido tropieza en mi deseo.

Quién me sujeta, quién me arrastra.

Emigra el acto. El verbo me ejecuta. Lo demoro. Pesco el fuego, soy su anzuelo. No maldigo. Eso no quita que me asquee, que vomite, que me repugne la monotonía marcial.

La moral envenena.

Inconcebible paz. Se amontona en la guerra sin excusa. La niña que me sigue pide refugio. Mira entre la hendidura, se queda muda de tanta espera y fuga. Quién me saqueó el origen. La rabia se dibuja con uniforme, ahora sin. Me formo, me deformato. Formol para la historia. Formal en la fila. Nunca. ¿Qué forma tiene la idea del suicidio?

¿Quién apagó la infancia? ¿Quién me ahoga?

Todavía veo una sonrisa tenue en el espacio donde estoy, toco la raya de la boca. Sellada este rato. La borro. Desaparece los labios. No hay cuento. Estuve en la red de este cuerpo salvoconductor por un tiempo incomprensible. Tacho la sombra.

El erotismo de la raza una derrota del credo. La cartografía de dios: un espacio sin nombre propio. La palabra me expropia de mí. Me deja sin agonía. No soy la pregunta ni la respuesta. Nunca termino de soñar. ¿Cuándo empecé? El insomnio se me adelanta y me deja sin vestuario. Bestiariamente se me ocurre que me alejo para no darme zarpazos.

Para no sollozar ¿quién ha visto llanto al mar la perpetua orgía de su voz?

La tierra está sonámbula. La pesadilla dentro de ti ¿Soy mi enemiga y mi aliada? El derecho a morir no es tu derecho a exterminarme. El suicidio de la soledad entre mí. ¿Acaso aún no soy el ocaso del caso? –Sea dicho por mí- Tú dirás.

Antesala de emboscadas el hombre en su cuerpo. Se deja embaucar por el pensamiento de tal vez tenga razón. El fracaso del incesto en el nombre del padre la huelga de Edipo. Se quedó ronca la esfinge sin gloria. Escupe el enigma sin eslabón ¿Quién se interesa por el tabú?

¿Quién devora opíparamente la tristeza de la imaginación?

En el jardín de unos ojos los estragos del placer.

Nada que matar si la muerte no existe ¿no entiendo eso de la vida? Angustia y crueldad el soplo de la ceniza. Intolerable uno no solo desalojado a machetazos. La pólvora de su mente, devastación. La ignorancia nos hace crueles, también saber.

No hay excusa, sé lo que hago, no me vengas a contradecir o qué sabes tú que me ocultas...

En delito una criatura dentro de mí. Anónima habitación explora la caída de la eternidad. La otra nada del otro cae dentro de mí. Una menos uno.

El desconocimiento ensaya lo innombrable: la complicidad con el dictador. Aúlla el conocimiento la sentencia de muerte en el bien.

La sepultura es el saber de todo. Cávate en ti mismo. Acábate. Todo se acaba cabalmente. Gran descubrimiento. No me hagas reír.

El espejo me dibuja y me borra como un garabato perdido dentro de una carencia. ¡Basta! psique de sabotaje con la poeta que aplaza su eliminación.

¡Ay! Alejandra, no me vengas con la sombra siguiéndote. La siento casi junto a mí ¿los pasos tuyos o los míos?

Cada una pega y despega la comiquita de la nada dentro del diente colgado para el ratón. En la foto los huequitos de risas de queso mordidos en las boquitas parecen túneles para casa de las hormigas.

Ninguna de las dos nos aferraremos al fierro del yugo.

Leer Alejandra Pizarnik toma una vida. Más que encasillarla en un suicidio. Es develar toda una vida en el diario no vivir sino en el tiempo sin espacio en lo cotidiano.

La escritura no es rutina.

La vida no se encuadra en la regla gramatical del invento del papel, lápiz, borrador y unos signos que te dicen si eres culto o no.

El lenguaje no tiene madre ni padre.

La ley de una escritura es una lengua sin refugio ni siquiera en el cuerpo.

La habitamos o la expulsamos o la guarecemos en otro momento que no coincide ni con uno ni el otro...

Alejandra voz del vértigo. Atrevida a ser. A derretirse en la insoportable idea de no concebir la muerte. Atraparla con el matamoscas de su vicio: atraerla a la punta de su lengua como un bicho raro. Hasta volverla amorfa en su tortura contradictoria.

La poesía no es trapo sucio. Ni cera derretida de la vigilia. Ni mecha del insomnio. Ni la costra de la cicatriz de la orfandad al nacer. Somos huérfanos del amor irreparable. Jamás se dice al niño cuánto te amas, acaso como el tamaño de la montaña, como la cucaracha jugando en el jardín. La sensación de no sentirte amado, de sentirte estorbo o perdido en los brazos de la que te amamanta. Cómo yo te amo nadie te amará, dice la canción. La fuerza del dolor primer descubrimiento del desamor.

El sentimiento no siente. Duele por no haber en el refugio de tus manos siempre ocupadas en el témpano de la razón para no tropezarte con el agitado ser en la revuelta con la nada desocupada en la cutícula de mis dedos. Nunca las he arrancado ni con los dientes. Ni pedicura ni manicurista. Peor eso de alisarme los zambos. Soy tan vaga para la mirada condenatoria. Dejo restos de mis veinte uñas afiladas en el puesto que desocupas.

Limo aspereza de la sombra sin cobijo.

No soporto el apresamiento...

(Se tiene la tendencia a encajar y sepultar al autor con su obra como si fuera UNO. No hay fusión, por eso es discordante) No es un lavadero de la intimidad. Eso es otra cosa.

Exige un espacio sin diván.

No hay consulta clínica con el papel.

Acaso amor a la angustia y convalecencia sin recaída. Desecha sin confundirte con el diario o la página que arrancas y pones en el tachito aguantador. No eres basurero ni barrendera del yo "espasmódico". Nada de basurearte. Desatar la posesión. Estar poseída por el doble es como una inquisición: verdugo y víctima en la tarima del cráneo en su lucha por desarmar, doblegarse o rendirse. El cuerpo somete a la servidumbre sin soledad.

Dilatar puntualidad como aguja en los sesos.

Elegí la impuntualidad con mi ser para desactivar el sabotaje del superyó. Gota de sangre origen derramado, expulsado, exiliado, emigrado. Nómada sensación del doble uno sin elección en el manantial del masoquismo el dolor.

El bicho de Kafka atrapado en el cuento y en lector fascinado con el animalito. Samsa atrapado en el sueño, en la guerra, en la tuberculosis de su creador. En el sentimiento opaco del desamparo.

Sin refugio su desnudez contada.

Sacar la escara que comprime al personaje no es el deseo del autor, su apunta con lleva a dejar fluir los entretelones del entorno y la miseria del momento sin solución. Los perseguidos tienen que esconderse o parecer muerto. O peor no existir. Las alas de los aviones acoplan como gigantes mosquitos para pinchar o dejar caer las bombas.

Las garras de la guerra garrapata.

Te has percatado de tus garfios...

Es otro abordaje eso de no ser como los demás quieren. Otra cosa es lo que haces de tus escritos y te enganchas en la lectura del otro. El lector supone, interpreta, elucubra, se pone en los zapatos o se los saca...

No es camisa de fuerza esa libertad de asociar libremente la inquietud que lleva a investigar qué es esto carajo, -coraje débil-. Cuando papá lo decía presumiendo enojo, en susurro los hijos jugábamos carajo cara de ajo. Cierro paréntesis del recuerdo.

Ese es el riesgo de publicar. Y también de estar de incógnita.

Autorizarme a sabiendas de exponerme, o dejar ir un abordaje desde un qué, o acaso quiero de esto un núcleo con sujeto, verbo y complemento claro y preciso. O es un ejercitar de mirada microscópica a la nada. Que no se muchas veces cómo será acogido esta deambular en la *conexión intermitente*.

Siempre hay un querer hacer ruido sobre los demás. Cuando decidas no ser víctima de tu texto ya podrás decir que estás descubriendo el rostro del criminal que te espera con el punto final sin contemplación.

No prestarse a fingir es una postura radical y desoladora.

Quién puede controlar con bozal el día a día para que la rabia no te lleve a la cólera. Ridículo esos discursos bizarros enmascarados en disfraces infantiles como asesinos en series repitiendo el patrón del espejo.

Peor esos dichos o estigmas de anteponer o tildar a los autores de escritura automática o encasillarlos en la rueda de la prensa o prensarlo o apresarlo en estereotipos. Suena a promoción industrial de tinta sin torrente sanguíneo.

No olvides que en las páginas que trabajas está la huella de manos, sudor, café, trocitos de restos si los tienes encima de la mesa. Solo falta estampar la sombra como en una corteza de árbol. Transformar no es transformador, ni transforme, ni medida del medidor.

-(Transfórmate sin permutarte para agradar)-

Siempre cambian al controlador de medidas contable. Y sigue el altibajo, a veces es tanto que hasta la compu tiene sus trastoques. Y cuidado si te coge en la ducha. Ten en cuenta en reparar los cables. Aunque tengas el saltador break. Si algo pasa fuera de tu control, el rayo te parte dentro de tu casa.

No estás seguro por más que pagas para no quedarte sin luz.

La oscuridad no es el miedo.

El asalto no es la sorpresa. Es que algo te coja desprevenido. Hay formas de informarte. Es lo que haces con los datos.

Investigar son permanentes hipótesis replanteando no sólo el grito, la palabra, o lo que cuentan y no de lo que pasa. Hay que dar con la anomalía del dato, del poder a desarticular y articular sin electrocutar.

La descarga es de cada uno en la incineración del tiempo en el espacio. Algún instante llegará el cierre de párpados al día que toca.

Mientras, sigo en esto que es y no es.

Deshabitar el sarcófago del silencio.

Escribir es hacerse el muerto por ratos para no manipular la raíz que motiva desatar la cola al cabo suelto del enredo. Ese caos no es bomba. Es siamés del orden y la falta. (Después corrijo) Y bueno estábamos con Alejandra la poeta sin alter lu(ego).

Única como su nombre dentro de sus dibujos.

Carmen Váscones